

precisamente en Alemania) y profundamente lírica. No conocía la lengua, pero podía comunicarme con el paisaje, con sus íntimas cafeterías, con su silencio sólo cortado por el sonido tintineante del agua. La armonía de la ciudad me fascinaba. Alguien me contó, entonces, que la ciudad había sido reconstruida, después de los horribles bombardeos, por las mujeres. En efecto: la ciudad había quedado sin hombres, a causa de la guerra, y las mujeres levantaron con sus propias manos una ciudad a la medida de los seres humanos: los edificios no tienen más de tres plantas, hay una plaza llena de árboles en cada esquina y en invierno, en los jardines de Charlottenburg, los empleados del Ayuntamiento colocan semilleros en los árboles, para que los mirlos y los demás pájaros no mueran de hambre. Además, Berlín no era una ciudad industrial, y eso me resultó completamente gratificante. Por las ciudades industriales no se puede pasear, ni salir a caminar: están hechas para los medios de transporte, no para los peatones. Y yo soy una peatona vocacional. Alguien dijo (ya no recuerdo quién) que las ciudades son estados de ánimo. Años después, me di cuenta de que yo había conseguido con *Europa después de la lluvia* la melancolía de la ciudad, atrapar su lirismo, su romanticismo.

—*En Europa después de la lluvia, título que se corresponde con el nombre de uno de los cuadros más famosos del pintor surrealista Max Ernst, hay un poema, «Aquí todavía todo está flotando», que es un homenaje a este pintor. ¿Piensa, como alguna vez dijo Julio Cortázar, que el surrealismo ha ejercido en usted una fuerte influencia y le ha servido para desarrollar modelos?*

— No siento ninguna simpatía por el surrealismo literario. En literatura, no soporto la arbitrariedad. En cuanto al «juego», del cual tanto han escrito Huizinga y el propio Cortázar, es un símbolo. No hay ningún juego inocente. Hasta cuando Karpov se enfrenta a Deep Blue, las interpretaciones se multiplican: el hombre enfrentado a la máquina, la inteligencia natural y la artificial, etc. Todo jugador sabe (y yo soy una jugadora aficionada) que en cualquier partida, en cualquier apuesta, en cualquier pase, se juegan muchas más cosas que las aparentes. Nadie juega sólo dinero, sólo fichas, sólo dados. Y los juegos de palabras, o los lapsus, son muy significativos. El surrealismo en pintura me gusta un poco más, aunque también le exijo significación, no azar o pirueta. «Aquí todo está flotando» es un pequeño dibujo de Max Ernst muy poco conocido. Tan poco conocido que mi traductora alemana, que no lo había visto nunca, tuvo que recurrir a una especialista en Max Ernst para obtener el nombre original del cuadro (el verbo

flotar, en alemán, se escribe de diferente manera, según signifique flotar en el aire o flotar en el agua). Lo que me apasiona, en cambio, es la facultad humana de simbolizar, génesis del lenguaje. Me extasía contemplar una cruz, por ejemplo. ¿Suma, cristianismo, farmacia? Me enamoro de palabras, en cualquier lengua. Y de las voces que las pronuncian. Creo que las palabras son pequeños fetiches. De ahí a inventar símbolos y vocablos sólo hay un paso.

—*En este libro usted presenta su visión de la Europa contemporánea a través de la mirada de una extranjera. ¿Continúa pensando que aquí todavía todo está flotando?*

—El dibujo de Max Ernst me resulta fascinante: un navío inclinado, entre el mar y el cielo. No se sabe si está a punto de volar o de naufragar. Reino de la ambivalencia, del doble sentido. Tampoco sabemos a qué se refiere el «Aquí». ¿Al mar? ¿Al aire? ¿A Europa? ¿A la humanidad? Quise poetizar esa ambigüedad en el mito y en la historia de Europa. Sin olvidar que Max Ernst pintó, también, ese terrible cuadro de destrucción, caos e infierno que es *Europa después de la lluvia*, alusión, sin duda, a la Segunda Guerra Mundial. Escribí el libro cuando Maastrich todavía no se había diseñado, pero la unidad europea comenzaba a esbozarse, como mito y como plan económico. El libro recoge los dos sentimientos que puede inspirar este continente, al mismo tiempo: las filias y las fobias. Procuré que mi mirada fuera la de una extranjera, cosa nada difícil, si tenemos en cuenta que nací en Montevideo, vivía en Berlín, no hablaba alemán ni inglés, pero me subyugaban los bosques de la ciudad, sus lagos y la pintura de Caspar David Friedrich, un pintor casi desconocido en España, entonces. (También padeció un largo período de ostracismo en Alemania, aunque a partir de 1980, aproximadamente, su pintura ha vuelto a considerarse como lo mejor del romanticismo alemán y europeo.) Pero mi sentimiento de extranjería era relativo. Mis bisabuelos, tanto los maternos como los paternos, eran europeos, la educación que recibí era imitación de la francesa y Montevideo fue, con Buenos Aires, la ciudad más europea de América Latina. El primer indio que vi en mi vida fue en Berlín: un pintor indígena exiliado, chileno. Yo entonces tenía más de treinta años. Me licencié en literatura comparada, europea, aunque muchos de mis escritores favoritos eran norteamericanos. Creo que las mezclas son muy sabias, son muy buenas, y mis antepasados estaban un poco revueltos. De todos modos, es una suerte que me guste la ópera italiana tanto como el blues, Wagner y Barbra Streisand, E.A. Poe y Kafka.

—Una cita de *La Biblia* («Y no angustiarás al extranjero: pues vosotros sabéis cómo se halla el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto») nos introduce en el primer capítulo de su novela *La nave de los locos*, que es una profunda reflexión sobre la diferencia, sobre la identidad, sobre la condición de extranjero y sobre el desasosiego de extranjería. Usted, como el personaje de la novela, que significativamente se llama *Equis*, no nació extranjera y supongo que no le recomendaría a nadie serlo. Sin embargo, en esta novela, como en buena parte de su ya extensa obra, los hombres son extranjeros de las mujeres, los niños de los adultos, los jóvenes de los ancianos y los enanos de los altos y, no obstante, esto no les impide relacionarse sexual o sentimentalmente. ¿Por qué?

—Hace unos años, a propósito del lanzamiento de una nueva novela, un autor español, de mucho éxito, concedió una larguísima entrevista al diario *El País*. El título era: «Sólo podría enamorarme de mi semejante, alguien como yo». Lo dijo con ingenuidad, y el titular no tenía ninguna mala intención. Algún analista podría decir que autor, entrevistador y periódico reflejaban, en ese momento, la ola de narcisismo que recorría España: tenemos la mejor transición política del mundo, somos triunfadores, bellos, fuertes, apasionados, nuestras fiestas son las más celebradas, sabemos hacernos ricos rápidamente, nos conceden un Nobel, el Barcelona es más que un club, el Real Madrid es más que un club, etc. Si recuerdo este ejemplo es porque «las diferencias» (las famosas «diferencias históricas» o las subjetivas) ponen en carne viva nuestra relación con el otro. ¿Qué hacemos con «las diferencias»? Una posibilidad es exaltarlas, glorificarlas, y surge, entre otras cosas, el nacionalismo político. Nadie quiere diferenciarse para peor: toda diferenciación es una proclama implícita de superioridad. De manera no manifiesta, «ser diferente» quiere decir, para muchos, ser mejor. Bien: es necesario acabar con este sentido de las diferencias. Diferente no quiere decir ni mejor ni peor, sino distinto. Pero aún así, subsiste el problema: ¿qué hacemos con las diferencias? La respuesta totalitaria es: las suprimimos, las extirpamos, las erradicamos. Conseguimos la homogeneidad matando, eliminando, castrando las diferencias y a los diferentes (proyecto nazi, por ejemplo). Pero en nuestra relación con el otro sexo, con el mismo sexo, con nuestra portera o nuestro patrón, el tema vuelve a plantearse. ¿Me enamoro de mi igual, de mi semejante o me puedo enamorar de las diferencias? Una respuesta ingenua podría ser que las personas están instintivamente programadas para amar las diferencias, puesto que la mayoría son heterosexuales. Sin embargo, no es así: el instinto (la reproducción) tiene poco que ver con el goce, con el amor, que es una construc-

ción imaginaria. Los personajes de *La nave de los locos* son extranjeros entre sí, pero buscan la armonía oculta, intentan superar sus diferencias para negociarlas. Y a veces, como le ocurre a Equis, comprenden, finalmente, que la renuncia a su «diferencia» más narcisística es la condición para alcanzar el amor.

—*En relación con la pregunta anterior, ¿nos propone usted a través de sus historias y de la composición psicológica de los personajes que la única complicidad posible se halla en el lugar de la diferencia?*

—La única *humanidad* posible está en el respeto de las diferencias, aunque no son siempre dignas de amor, o no podemos amarlas. Sin embargo, es un respeto selectivo. No estoy dispuesta a amar a alguien que pertenezca a un grupo paramilitar, por ejemplo, diferente a mí, que detesto la violencia, ni a respetarlo. Pero tampoco estoy dispuesta a matar a sus integrantes. La complicidad que propone *La nave de los locos* es la de las víctimas. Equis ha sufrido persecución política, igual que Vercingetorix; la anciana gorda con la que Equis se acuesta está en el período de exclusión de su vida (es anciana, es gorda, es extranjera); la prostituta que conoce también es una marginal y la mujer a la que ama ha sufrido un aborto (es decir: es víctima de su biología y de las leyes que le impiden abortar en su país) y además, bisexual, «diferente» eróticamente. Morris es homosexual y Graciela, feminista. Reuní, por tanto, en esta novela, a varios personajes heterodoxos; son cómplices y se pueden amar porque se reconocen como víctimas. Son semejantes, en este sentido. Goethe copió a un pensador latino, Terencio, cuando dejó escrito: «Nada de lo humano me es ajeno», con lo cual, el tema de las diferencias debería quedar zanjado para siempre. Pero hete aquí que las diferencias, por menudas que sean, son capaces de provocar persecuciones, guerras, tormentos. Son, por otro lado, la sal de la vida. No existiría la evolución sin la diferencia. La única explicación científica acerca de la evolución del *homo sapiens*, mucho más veloz y profunda que la del resto de los seres vivos, es su diversidad. Las ratas son más numerosas, pero mucho más idénticas entre sí. Por eso, no han dominado el mundo, pese a su antigüedad y a su número.

—*En La nave de los locos se afirma que la pretensión de tener un solo sexo, ya sea femenino o masculino, es neurótica. ¿En qué sentido?*

—Lo afirma Morris, que es bisexual. Y lo afirma implícitamente Freud, cuando reconoce que todos los seres humanos nacemos bisexuales, pero el